Tras la línea

Literatura en potencia

Sergio González Rodríguez

En el sueño convergen el orden y el desorden de nuestro teatro mental de todos los días. El encantamiento con el lenguaje y la narrativa que allí se generan tiene un espacio en el que lo soñado se transfigura como materia consciente: la memoria.

Recordar o no recordar, rescatar algunos signos, datos, voces, personajes, avatares, palabras, cifras, trayectos de lo nocturno constituye la posibilidad dual de aprehender una materia fugitiva y, al mismo tiempo, elaborar otra.

En ese trance se ubican el origen y la sustancia de la literatura. La potencia integral de la expresión. Uno de los pensadores que mejor ha estudiado este fenómeno consustancial al estatuto humano es Jacques Derrida, cuando en *Acts of Literature* responde a la pregunta ¿qué es la literatura?: "la literatura es una institución histórica con sus convenciones, sus reglas, etcétera, pero también la institución de la ficción que da en principio el poder de decirlo todo, de librarse de las reglas, de desplazarlas y, por ende instituir, inventar y hasta sospechar la diferencia entre naturaleza e institución, naturaleza y ley convencional, naturaleza e historia".

La bifurcación que el filósofo francés ofrece entre literatura positiva (normas escritas) y literatura ficticia (trans-normativa) incide en el proceso comprensivo de los sueños, que atañe a lo más personal, al registro de la subjetividad propia. En otra obra suya, *Sur parole*, Derrida confesó su "sueño" más preciado: escribir "algo que tenga la forma de un diario". Y se atrevió a confesar: "lo que me hubiese gustado escribir es eso: un diario *total*". Resulta significativo pues cómo el "sueño consciente" del filósofo sólo pudo lograrlo a través de la escritura fragmentaria, "algunas libretas, algunos diarios, pero los abandonaba cada vez".

Lo que describe es análogo al registro de los sueños: frente a la posibilidad de decirlo todo que instituye la literatura, queda la imposibilidad de hacerlo y tener que conformarse con los fragmentos o *detritus* producidos por el inconsciente nocturno. Pero la vertiente que resalta en su linde más obvio, la pasión confesional, cede su lugar a algo de mayor atractivo creador: la reelaboración de lo elusivo para consignar ese otro algo: el relato de lo humano y lo animal asentado en la memoria de lo soñado.

Sin embargo, no es posible, decía Paul Valéry, distinguir lo que se inventa de lo que se soñó (*Cahiers*). Una vez soñé con una mujer a la que tenía que encontrar en el edificio en el que trabajaba. En un primer momento, estaba con ella, que me mostraba que allí estaría, en una oficina donde había, entre otros enseres (archiveros, expedientes, periódicos), un escritorio y la silla en que ella se sentaba, a un lado de la oficina de su jefe. Una sombra para mí. Prometí que volvería a buscarla. En ese momento, el sueño entró en uno de esos desvíos, giros, atajos o subtramas que, a mi juicio, definen la sintaxis onírica, el llamado irracional, el punto de quiebre de lo convencional, el desafío a la razón, aunque, si uno ahondara en su examen, quizá no pueda proporcionar la clave de los procedimientos imaginativos (en este momento, pasa en el cielo un avión sobre el cuarto en el que escribo, y mi mente se ve por un instante en otra parte, voy en coche en una carretera del Bajío, contemplo las planicies verdes en un día soleado)…

Transcurrido el lapso perdido, vuelvo al edificio a buscar a mi amiga. El edificio ha cambiado: a pesar de que ella me mostró dónde y cómo llegar, mi regreso es un acertijo. Estoy en la planta baja del edificio, y la veo a ella a través de las ventanas, me dice que entre, pero al caminar hacia adentro el edificio es distinto: la escalera que recuerdo subí para llegar a mi amiga está ahora ausente. La escalera que intento me conduce a otro punto del edificio. En el sueño, la veo que me hace indicaciones gestuales, pero me veo imposibilitado a acceder a su oficina y a ese nuevo edificio, que ha cambiado lo suficiente como para evitar el encuentro con mi amiga.

Desde adentro, y para mi amiga, sólo soy un torpe; desde afuera, ella está en un encierro de cristal, y no lo advierte. ¿O sí, y juega conmigo desde su sitio? Allí, en esa conjetura a partir de lo soñado hay un impulso literario: se contamina la realidad con la sustancia onírica.

En un apunte de sus *Diarios*, Franz Kafka consignó: "Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de sueños inquietos, comprobó que se había transformado en un insecto monstruoso en la cama. Yacía sobre su espalda dura y acorazada y veía, cuando levantaba la cabeza, su abdomen abovedado y dividido por durezas arqueadas, en cuya parte superior apenas podía mantenerse la manta, presta a deslizarse hasta el suelo. Sus numerosas y, en comparación con su tamaño, finas patas, vibraban desvalidas ante sus ojos. '¿Qué me ha ocurrido?', pensó. No era un sueño" (*Aforismos, visiones y sueños*). El resto, cuando retoma el relato el escritor, comenzó a ser historia.

Me interesa subrayar que, en ese párrafo compacto, se observa no sólo uno de los inicios más célebres en la historia de la literatura occidental, sino un robo flagrante a la fábrica de los sueños. Para resolver un acertijo onírico, Kafka pudo fraguar un relato. Llevó al plano consciente una impresión a medio despertar. Y le dio un entramado complejo, siniestro, asombroso.

Pero, ¿qué acontece cuando interpelamos a los personajes del sueño y nos volcamos en la imaginación de lo que piensan y hacen? Para lograrlo, debemos introducirnos en la esfera de los sueños y maquinar desde allí alguna historia. Eso es lo que hizo Federico Fellini en sus películas posteriores a *Ocho y medio* (1963), donde hace decir a Marcelo Mastroianni en algún momento una frase análoga a la kafkiana: "¿Estoy soñando o esto me ocurre ahora de veras?". En lugar de ir a la realidad y transformarla en un ámbito fantástico, el italiano realiza lo onírico-inconsciente con el objeto de recuperar su creatividad.

En la cinta hay una escena memorable, prodigiosa y atroz: el protagonista se vuelve ingrávido, flota, asciende hacia el cielo y, sobre una playa, mira hacia abajo y no puede subir más porque descubre que, atada a su pierna, hay una cuerda, y alguien tira de ella para evitar que siga arriba.

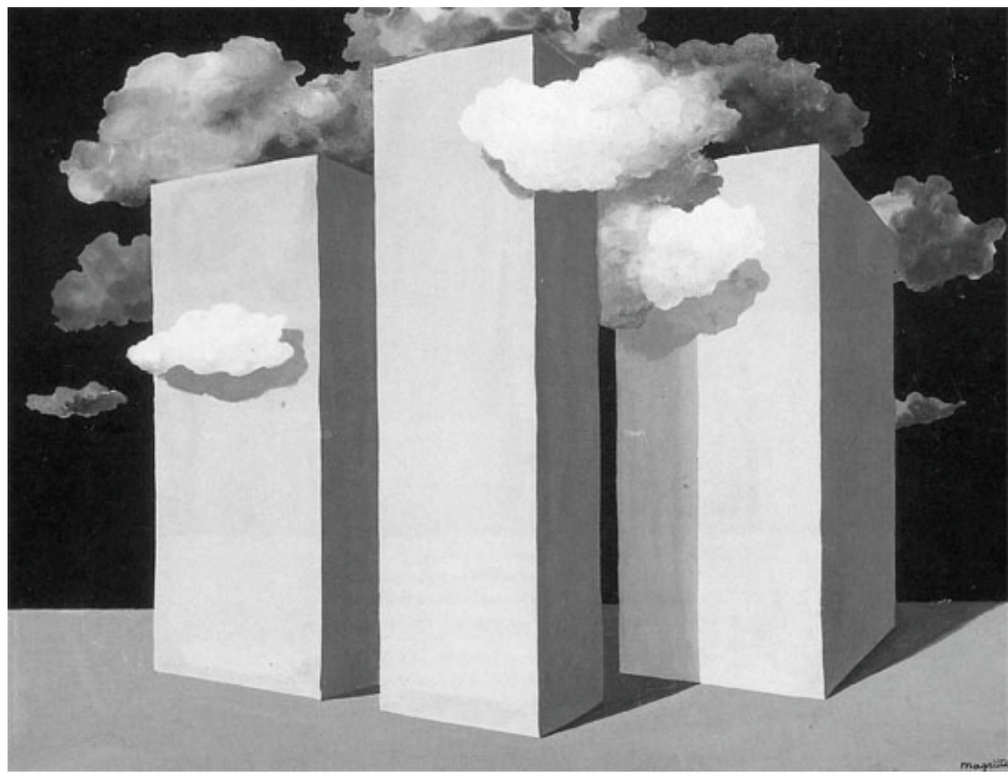
Un personaje misterioso, especie de juez u oficiante, sentencia: "Abajo, definitivamente". En ese instante, el hombre se derrumba en caída libre al mar (https://www.youtube.com/watch?v=bj3GMDsQy9g). Al final, podría decirse que el resultado entre lo de Kafka respecto de lo de Fellini es lo mismo, un sueño lúcido, pero, bien visto, se trata de cosas distintas donde el mecanismo creativo transita en una dinámica inversa en cada caso.

En el primero, el relato se presenta de adentro hacia fuera; en el segundo, prolífera de afuera hacia dentro. Si yo quisiera interrogar la conducta de mi amiga en su encierro de cristal, tendría que pensar en un tercer elemento, semejante al gerente de *La metamorfosis* que reprende a Samsa por su impuntualidad. O al juez/oficiante que ordena la caída. Ambos intrusos indeseados.

Desde luego, se trata del jefe de ella que apenas vislumbré como una sombra. ¿Por qué se ocultó de mí, por qué ahora pienso que él es el responsable de que no pude yo entrar al edificio?

Después del sueño de mi amiga en su encierro de cristal, pasaron dos o tres noches. Y volví a tener una resonancia de la misma historia. Esta vez, mi amiga estaba en algún departamento de un edificio del que sólo podía ver (o experimentar) el cubo de la escalera. El resto del edificio estaba ausente, era en realidad un edificio-escalera. Levitaba en el aire. Las puertas en cada piso eran invisibles para mí: habitaba el vacío. Al llegar al cuarto piso, observé que la escalera ya no subía más. Decidí bajar, en ese momento, del piso de abajo, distinguí cómo descendía una mujer anciana que, al advertir mi descenso, volteó a verme con una mirada de furia y maldad, los ojos azules e hirientes. Retrocedí.

A menudo, en mis sueños surgen esos personajes de la dimensión de lo perverso, acosan mis sueños, me advierten con su mirada o con palabras que me harán daño. Vigilan y quieren arruinar mi transcurso en el umbral que compartimos. Me insultan, me retan. Una vez, uno de esos, el rostro de rasgos elusivos, la sonrisa torcida y bárbara, dijo algo más: aquí no te vas a salvar. No sé a qué se refería, pero se burlaba de mí, ostentaba su malignidad como si fuera un presagio de mi futuro. Le tomé la palabra. Le respondí: ven, acércate, no podrás hacerme daño. Al instante, el ser comenzó a disolverse en el aire, pero dijo algo que aún me hace pensar: "Mañana, ni siquiera recordarás mi rostro". Desperté.



René Magritte, *A storm*, 1932

Así fue, la maldición del ser perverso se vio cumplida, por más que quise grabar su rostro, sólo quedaron en mí generalidades que se fueron como el viento y el humo. En cambio, su mensaje pervive. Yo gané al posponer su daño, él logró que lo olvidara. ¿Quién lleva la peor parte? No lo sé, porque la sustancia del mal está en cada quien, y el empeño al respecto es saber contenerla.

Si la literatura consiste en la posibilidad de decirlo todo, en el caso de la literatura frente al sueño sería la imposibilidad de decirlo todo, en especial, debido a la desmemoria al despertar y, en esta, la influencia que allí juega la parte maldita: el excedente negro de nuestros deseos y aspiraciones incumplidas. El atisbo al mal primigenio que está en su reverso. **u**